

Abril 2021

Nº 194

Precio: 3,5 €

Peregrino

REVISTA DEL CAMINO DE SANTIAGO

▶ La devoción al apóstol Santiago en Filipinas

▶ La Rioja piedra sobre piedra

▶ In Memoriam José Ramón Barranco

▶ El Gran Capitán peregrino

▶ Entrevista a Miguel Tain



El Gran Capitán, Peregrino

El presente artículo forma parte de un estudio más amplio, en colaboración, acerca de la dimensión espiritual que proyectan los cronistas de la época sobre el Gran Capitán como reflejo del carácter castellano en el tránsito del Medievo a la Edad Moderna. Creemos que es este un aspecto, casi siempre olvidado, que completa el perfil más íntimo de este caballero renacentista.

“In Dei nomine amen. Dia jueves a diez e siete días del mes de henero, ano del nascim.o de nro señor jesuxpo de mil e quinientos e diez años [...] yo, gonçalo frz. de cordoba duque de Santangelo e de sessa e tierranueva condeestable de napoles abiendo consideracion a los bienes e mercedes que yo e rescivido de dios nro Señor e del gloriosissimo apostol Señor Santiago el mayor [...]” (Contrato entre Don Gonzalo de Córdoba y la Santa Iglesia de Santiago).

La figura de Gonzalo de Aguilar y Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, ha sido abordada repetidamente y con profundidad en distintos foros, quedando siempre de manifiesto su importancia como militar, estratega y diplomático; sin embargo, nos llama la atención las escasas o nulas referencias a su faceta como peregrino de Santiago. Parece como si el brillo de las armas eclipsara constantemente la dimensión interior del personaje.

En el ocaso de su vida, con 57 años y pasados los peores trances, Gonzalo de Córdoba ve llegado el momento de cumplir una promesa que en juventud hizo al Apóstol. Por un documento conservado en la catedral de Santiago sabemos la fecha y motivo del viaje: a mediados de enero de 1510, en cumplimiento de un voto. En aquella *“jornada por él prometida y mucho deseada”*, ante el cabildo de la catedral dejó establecida una fundación, copiosamente dotada, para la fiesta del santo. Cumplía así una deuda de gratitud por los innumerables favores recibidos de Santiago.

Durante su estancia en Italia, una vez pacificado el reino de Nápoles,



Gonzalo se muestra preocupado por su futuro espiritual. En 1504, con algo más de cincuenta años y aquejado de “quartanas” (paludismo), se siente hastiado de las muestras de desconfianza de su rey, llegando incluso a solicitar a Fernando el Católico su relevo en el cargo de Virrey y el regreso a España, que el aragonés no le concede.

Inquieto por la salvación de su alma, encuentra una guía espiritual en el *Enchiridion Militis Christianis* (“Manual del Caballero Cristiano”) de Erasmo de Rotterdam que conoce, incluso, antes de ser traducido al castellano. El autor concibe la obra como un “manual de cristianismo interior”. El “Miles Christi” es el que elige la sabiduría del Evangelio y rechaza la sabiduría mundana. El verdadero Soldado de Cristo ha de “tener en poco las cosas visibles y levantarse a las invisibles” mediante la oración y el conocimiento de la ley divina” (Enchiridion, Regla V)

En opinión del último de sus biógrafos, J. E. Ruiz-Domènec, Gonzalo debió leer esta obra con enorme inte-

rés. El mensaje de Erasmo se adaptaba bien a la inquietud espiritual de un caballero del Renacimiento.

En su vida castrense, el Gran Capitán supo aunar la disciplina militar con la piedad cristiana. Los biógrafos de la época recogen repetidas muestras de preocupación por su religiosidad personal y la de sus hombres, transmitiendo a sus ejércitos un espíritu humanitario, caballeresco y cristiano desconocido en su tiempo.

El anónimo de la “Crónica manuscrita”, en el Libro III, refiere lo siguiente: *“En tiempos de este valiosísimo Gran Capitán el nombre de Dios y de su bendita Madre y de los Santos era siempre alabado y no blasfemado como en otras guerras se solía hacer, y en tanto grado, que daba cada día a Coello, capitán de infantería, un ducado porque no dijese mal a Dios, porque era muy buen soldado”*, siendo habituales en él los gestos de agradecimiento y generosidad con sus tropas. En el trato con los vencidos era amable, clemente y pródigo en generosidad.



Lámpara del copulín del abrazo, donada por el Gran Capitán / Cortesía Catedral de Santiago

Gonzalo cree firmemente en el patrocinio del Apóstol durante sus continuas campañas militares; así lo expresa con rotundidad en el contrato con la catedral de Santiago a que nos hemos referido:

“Yo, Gonçalo Fernández de Córdoba [...] abiendo consideración a los bienes o mercedes que yo he rrescivido de Dios Nuestro Señor e del gloriosísimo Apostol Señor Santiago el Mayor [...] e como con su ayuda yo ube e Dios tubo por vien de me dar muchas bitorias e buenas benturas librando muchas veces mi persona de mui grandes peligros en las guerras e conquistas [...] en los quales batallas e bitorias, bi cosas señaladas e mui ebidentes que parecieron ser en mi ayuda [...] del gloriosísimo Apostol Señor Santiago, luz y honra de las Españas, patrón defensor de los caballeros...”

En las crónicas sus propios compañeros de armas manifiestan el asombro que producía la protección divina que le hacía invulnerable; uno de los más cercanos, el extremeño Diego García de Paredes dijo de él que “nunca resultó herido, ni preso, ni otro desastre que suelen en las batallas acontecer”. Es evidente que los cronistas buscan enaltecer la figura del personaje ponderando sus virtudes y exaltando sus hazañas. En cualquier caso, todos ellos destacan las prácticas piadosas del Gran Capitán poniéndolas en relación con sus actos frecuentes de generosidad, no sólo con los más cercanos, sino también con sus adversarios. De algún modo quedó marcado con esa fama de protección sobrenatural.

Cuando Gonzalo emprende el viaje a Galicia ya está bastante afectado por la enfermedad de cuartanas que viene sufriendo desde sus guerras en Italia y, a veces, siente las fuerzas muy disminuidas. A finales de diciembre de 1509 parte como peregrino, probablemente desde Loja, de la que había tomado posesión en su nuevo empleo como gobernador el 15 de julio del año anterior. Paulo Lovio, uno de sus autores, escribe que “se retiró a Loja buscando un ocio reposado de tantas repulsas y ofensas [...] estúvose dos años cuándo en Loja, cuándo en Granada, contento con sus riquezas, que eran muchas”.

No hay constancia del itinerario que pudo seguir hasta llegar a Compostela. De haber salido desde Loja o Granada, como pensamos, lo más lógico es que hubiese tomado el camino hacia Toledo como indica el “Itinerario” del valenciano Pedro Juan Villuga publicado en 1546, el más cercano a la fecha del viaje. Siendo así, saldría de Granada por Guadahortuna hacia Úbeda para atravesar Despeñaperros por el puerto del Muradal y la famosa venta de la Iruela, adentrándose en la Mancha por la “dehesa de Mudela”, encomienda de la Orden de Calatrava. Por Almagro y Orgaz la comitiva subiría hasta Toledo y Ávila. Desde aquí, se plantean dos opciones: una, encaminarse hacia Toro y Benavente para enlazar en Astorga con el “Camino Francés” hasta Santiago; la otra alternativa, algo más corta, les llevaría desde Ávila a Zamora, pasando por lugares tan significativos como Granja de Moreruela -importante

monasterio Cisterciense-, Tábara -aún con los ecos del antiguo esplendor de su cenobio y scriptorium devastado por Almanzor-, Santa Marta de Tera -antiguo cenobio cuya iglesia se encuentra en ese momento bajo la protección del obispado de Astorga- y Puebla de Sanabria. Finalmente entrarían en Galicia por las portelas de Padornelo y la Canda, encaminándose ya hacia Orense y Santiago. Este segundo itinerario es el que sostiene Eligio Rivas Quintás, profesor e investigador de la ruta jacobea, quien mantiene que en 1510 pasa por A Gudiña el Gran Capitán “trayendo al Apóstol los trofeos ganados en Italia”. Éste es, también, el camino que siguió un siglo después el clérigo cordobés Bernardo José Aldrete en febrero de 1612 cuando el propio arzobispo de Santiago, que se encontraba en Zamora por entonces, le aconsejó no tomar el camino de Astorga por las malas condiciones durante el invierno del puerto del Cebrero.

Pese a que Gonzalo estaba acostumbrado, por su condición de militar, a las calamidades y a la adversidad de los largos desplazamientos, el rigor del invierno y la dureza de los caminos debieron hacer mella en su salud resentida y a los pocos días de su llegada vuelve a recaer en otro episodio de cuartanas. El 16 de enero de 1510 entra en Santiago y cumple su voto. Llega para agradecer al Apóstol su protección; consideraba milagroso que nunca le hubiesen herido pese a las numerosas batallas en que había participado.

El cronista que mejor relata la llegada y estancia en Santiago, H. Pérez del Pulgar, dejó escrito que el arzobispo Alonso III Fonseca -que le había conocido en Nápoles- al enterarse de improviso de su llegada “le hizo un tal recibimiento cual a su persona convenía, saliendo él, y sus cardenales, clérigos y caballeros y nobles de aquella ciudad y tierra lexos a lo recibir muy honradamente; y llegado a Santiago, aposentándole en sus casas, ricamente aderezadas y entoldadas”

Gonzalo no había comunicado su viaje, aunque durante los días que estuvo en la ciudad fue acogido como el alto dignatario cuya reputación era unánimemente considerada. Tal vez prefiriera ir como un “peregrino innominado”, aunque acabó como un “peregrino de renombre”.

Tenía buenas amistades entre los gallegos, muchos de los cuales habían servido a sus órdenes en las conquistas de Sicilia y Calabria. Con el arzobispo, acude a recibirlo el conde de Villalva, Fernando de Andrade, su antiguo camarada de armas en Granada y en Italia, el héroe de Semínara, muy respetado en Galicia.

Las crónicas silencian su presencia en la catedral, pero, lógicamente, como un peregrino más, cumplió por fin el voto ante la tumba del Apóstol, meta de tantas fatigas, “jornada por él prometida y mucho deseada”.

Era habitual por entonces que el peregrino, al dar el abrazo a la imagen de Santiago pidiendo le encomendase a Dios, hiciese la ceremonia de la “*coronatio peregrinorum*”, que simbolizaba la coronación del peregrino por el apóstol Santiago por haber realizado la peregrinación hasta su sepulcro. Este rito, que tuvo su mayor auge en la Edad Media y en siglo XVI, consistía en la autocolocación sobre la cabeza de cada peregrino de una corona situada en la estatua del Apóstol.

Gonzalo, debió cumplir piadosamente con el ritual establecido, pasó la noche velando en ayuno junto a la tumba del Santo, confesó, oyó la misa de alba y recibió de rodillas las deseadas indulgencias mientras el obispo le golpeaba simbólicamente con su vara en señal de perdón.

El 17 de enero, ante el arzobispo Fonseca y el cabildo catedralicio, en la torre nueva de la iglesia de Santiago, se estipula un contrato donde Gonzalo afirma su agradecimiento al Apóstol por la ayuda y protección recibidas en todas sus batallas. En el preámbulo Gonzalo expresa su desprecio hacia lo temporal y terrenal, deseando más altas y sobrenaturales empresas -es la imagen del “Caballero Cristiano” que refleja el Enchiridion de Erasmo-.

“Qualquier persona a quien nro. Sor. dios tiene por bien facer mercedes e dotar de los bienes temporales en este mundo debe tener mucho cuidado e consideraion q. huse dellos por tal bia que con distribuylllos bien como se debe aya e consiga la gloria e vida eterna e no tener en ellos ni poner su espe-rança que es mundaña e transitoria”

En el contrato se establecían los siguientes acuerdos:

1. En honor y reverencia del Apóstol y en memoria suya y de su familia,

mientras viviesen, y en beneficio de sus almas una vez fallecidos, todos los años en la octava de Santiago (el 1º de agosto) se celebraría una fiesta solemne con las mismas misas y procesiones propias del día del Santo. Para provecho del clero concelebrante -canónigos, dignidades y beneficiados- dejará perpetuamente dotada la festividad con cien ducados de oro anuales, equivalentes a treinta y siete mil quinientos maravedies

2. El mismo día del octavario se le dirían vísperas de difuntos por él, por su mujer, ascendientes y descendientes, y en especial por su hermano D. Alonso y su tía Doña María de Guzmán. Lo deja dotado “para siempre jamás” con veinte mil maravedies.

3. Para que fuese “claridad e luz para mi alma”, continuamente ardería delante del altar del Señor Santiago una lámpara de plata grabada con los blasones de su casa que regalaba a la iglesia de Santiago. Hace donación de tres mil maravedies para el gasto de aceite y para el encargado de cuidarla. La lámpara, de plata sobredorada, sigue hoy alumbrando en el camarín del Apóstol.

En total, para hacer frente a lo acordado en el contrato, Gonzalo cedió perpetuamente al cabildo compostelano sesenta mil quinientos maravedies con cargo a sus rentas de la seda de Granada.

También fue admitido como hermano en la Cofradía del Apóstol. Así

mismo, él y su esposa serían enterrados en la catedral, lo que no pudo suceder; Gonzalo murió en Granada y su cuerpo fue depositado en el Monasterio de San Jerónimo de la ciudad andaluza.

Con ello concluía su peregrinación. Regresaría días después convertido en Bienhechor del Señor Santiago con mayor beneficio para su espíritu que el Maestrazgo que le negó su rey.

Estando aún en Santiago, tuvo una recaída de las fiebres cuartanas. El arzobispo, *usando de su ánimo liberal*, proveyó abundantemente todo lo necesario para su curación, mandando traer remedios y provisiones no sólo de Galicia, sino de Portugal y Castilla, narran las crónicas.

La circunstancia de la enfermedad fue aprovechada por algunos pícaros extranjeros y peregrinos que se hacían pasar por miembros del séquito del Gran Capitán para beneficiarse de la esplendidez de la casa del prelado, a lo que sus criados hacían la vista gorda.

Finalmente, repuesto y agradecido al obispo y a la ciudad, emprendió el camino de regreso a su tierra andaluza.

Gonzalo de Córdoba falleció el 2 de diciembre de 1515 en la ciudad de Granada, *“Et murió con gran conocimiento de Dios, recibidos los Sacramentos e como buen profeso de su Orden militar; tendido en tierra sobre un reposito é vestido el habito de Sanctiago”*

Isidro Rodríguez Rodríguez

‘El Gran Capitán ante el cadáver del Duque de Nemours’ (1886). Casado de Alisal / Cortesía Museo del Senado

